

bam  
bú

# Sir Gadabout, de mal en peor

Martyn Beardsley

Ilustraciones de  
Tony Ross



Editorial Bambú  
es un sello de Editorial Casals, S. A.

Título original: *Sir Gadabout Gets Worse*  
© 1993, sobre el texto, Martyn Beardsley  
© 1993, sobre las ilustraciones, Tony Ross  
© 2010, sobre la traducción, Pere Martí Casado  
© 2010, Editorial Casals, S. A.

Tel.: 902 107 007  
www.editorialbambu.com  
www.bambulector.com

Diseño de la colección: Miquel Puig

Primera edición: abril de 2010  
ISBN: 978-84-8343-094-1  
Depósito legal: M-538-2010  
*Printed in Spain*  
Impreso en Anzos, S.L., Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.



# 1. Un invitado muy importante

**Hace muchos, muchos** años, cuando todavía no existían los vídeos y tenías que elegir entre ver el partido de fútbol y perderte la película de James Bond o ver la película y perderte el fútbol, existía un caballero llamado sir Gadabout<sup>1</sup>.

Era miembro de la famosa Tabla Redonda en el majestuoso castillo de Camelot, un lugar tan remoto, que hasta al repartidor de periódicos le costaba trabajo encontrarlo. Sir Gadabout era un súbdito leal del noble rey Arturo y de la reina, Ginebra, cuya visión aceleraba el corazón de todos los hombres. Además de su belleza y del hecho de que era tan hábil en trabajos de bricolaje como cualquier hombre, Ginebra había patentado hacía poco un método para curar el hipo, relacionado con el uso de una aguja de tricotar, un tubo de bucear y quinientos gramos de gelatina de fresa.

El rey y la reina eran unos gobernantes tan justos y sabios, y tan queridos por sus súbditos, que apenas

---

1. La traducción literal de la palabra Gadabout sería «callejero»: persona que va de aquí para allá sin hacer nada de provecho.

había desórdenes en sus territorios. De hecho, sir Lancelot, el Mejor Caballero del Mundo Entero, y los demás caballeros de la Tabla Redonda veían reducido su trabajo a darse empujones entre ellos de manera poco caballerosa para ser los primeros en luchar con cualquier dragón intruso que entrara por casualidad en el reino.

A sir Gadabout no le iban del todo bien las cosas en aquella época. Comparado con los otros caballeros, no era tan fuerte ni tan rápido, ni tan ágil, ni tan listo... Ni nada de nada. A pesar de todo, no hacía tanto tiempo que había rescatado a Ginebra de las horribles brujas Morag y Demelza. Había contado con una buena dosis de suerte, es verdad, pero eso parecía haberlo olvidado ya todo el mundo. Todo lo que sir Gadabout había con-



seguido desde entonces era dar un salto de pértiga con su lanza, accidentalmente, fuera del campo del torneo durante una justa, y enfrentarse a un «dragón», que resultó ser un sapo holandés cojo algo más grande de lo normal. No hace falta decir que ganó el sapo.

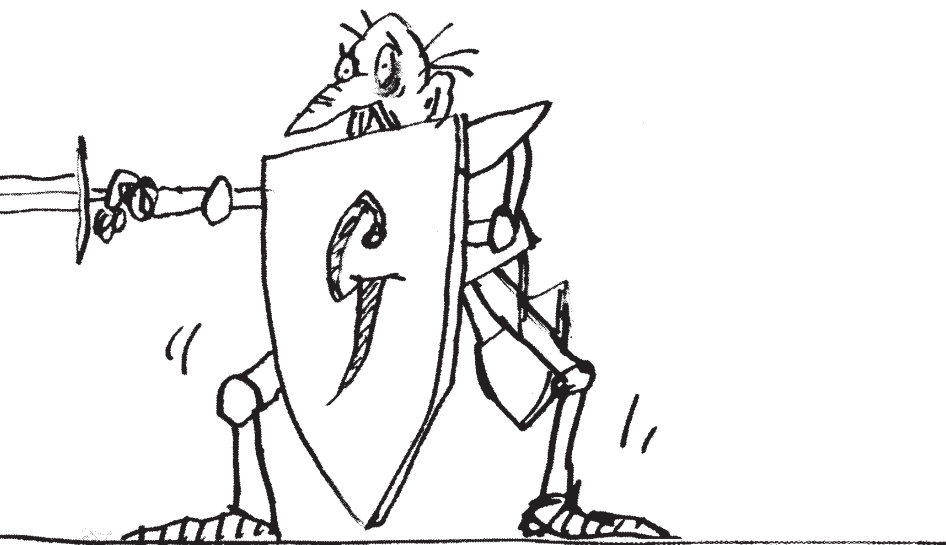
Un día, justo después de comer, un guardia avisó al rey Arturo de la llegada de unos visitantes.

–¿Quiénes son? –preguntó el rey.

–Sir Rudyard el Rancio y su séquito, majestad –dijo el guardia.

–Mentiría si dijera que he oído hablar de él. ¿Esperamos visitas hoy?

–No, Majestad. Pero dice ser un caballero al servicio del rey Meliodas de Lyonesse.



–¿De verdad? –dijo pensativo el rey Arturo. Meliodas era un famoso gobernante y amigo suyo—. Si es así será mejor que recibamos a sir Rudyard el Rancio –se dirigió a sir Lancelot—: Creo que tendría que enviar a sir Tristram para recibirlo.

–Se ha ido de vacaciones, Majestad.

–Entonces quizás podría ir sir Bors.

–Se ha roto una pierna en su valiente intento de ayudar a lady Eleanor, Majestad.

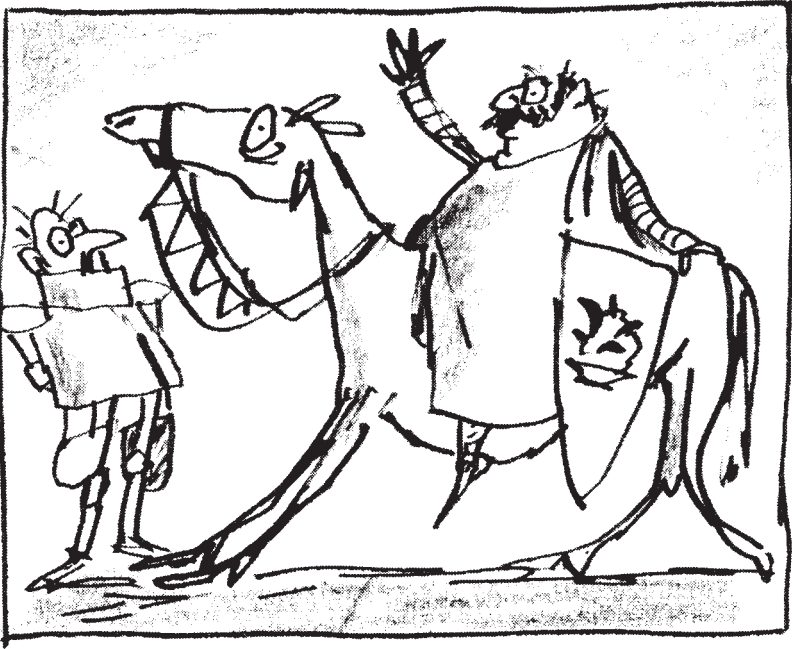
–Se me había olvidado. Y ¿sir Mordred?

–Ha tenido que quedarse a esperar al revisor del gas.

Se produjo un largo silencio mientras el rey Arturo intentaba pensar en alguien más que pudiera recibir a los visitantes.

En aquel preciso momento, sir Gadabout asomó la cabeza por la puerta...

Sir Gadabout era muy trabajador y tenía buen corazón, pero no era lo que podríamos llamar «un caballero de primera». De hecho, se le consideraba oficialmente el Peor Caballero del Mundo. Era alto y delgado; la armadura le quedaba pequeña y llevaba la espada partida por la mitad y pegada con cinta adhesiva. A pesar de eso había estado a su lado en múltiples y desastrosas aventuras, al igual que Herbert, el fiel escudero que acompañaba a sir Gadabout a todas partes. Herbert era un joven bajito y rechoncho,



con el pelo liso y castaño, y con un flequillo que casi le tapaba los ojos. Sentía devoción por su señor y se había peleado muchas veces con todos aquellos que se habían atrevido a insultar a sir Gadabout.

Fue sir Gadabout el encargado de ir al encuentro de los visitantes. Acompañó al guardia hasta las inmensas puertas del castillo. Hicieron descender el pesado puente levadizo de madera por encima del foso y sir Rudyard el Rancio y su séquito lo atravesaron haciendo cataclíc-cataclóc con sus caballos.

—Saludos. Soy sir Gadabout y les doy la bienvenida a Camelot.

–Bien hallado, buen caballero. Soy sir Rudyard el Rancio, leal caballero del rey Meliodas de Lyonesse.

Sir Rudyard era tan grande y gordo que a su pobre caballo parecía que se le fueran a doblar las patas en cualquier momento. Su armadura, color de caca de vaca, tenía incorporadas múltiples extensiones para poder acomodar su tripa hinchada, su papada y otras partes prominentes de su inmenso cuerpo.

Llevaba el escudo adornado con un emblema que representaba un plato lleno a rebosar de salchichas con puré de patatas, pero como no limpiaban muy a menudo el escudo, parecía que la comida estuviera pasada.

Cuando sir Rudyard abrió la boca para hablar, sir Gadabout observó que la tenía llena de dientes negros y amarillos tirando a marrones, y que sir Rudyard tenía la desagradable costumbre de escupir cuando decía alguna palabra que contenía la letra *s*. Su cara mofletuda le recordaba a sir Gadabout a una patata gigante con la nariz chafada y dos pequeños ojos como de cerdito.

–Esta es mi esposa, lady Belladonna –dijo sir Rudyard el Rancio para presentar a una mujer de tez delgada, con una nariz y una barbilla puntiagudas y una mirada envenenada–. Y este es mi escudero, Iván Peleas –Iván Peleas medía más de dos metros de alto, tenía unos brazos que parecían troncos de árbol y la cabeza, rapada, casi cuadrada–. Y por último, pero no por

eso menos importante –dijo sir Rudyard–, mi perrito, Michael, conocido cariñosamente como Mick Loco.

El perro, un bulto negro cargado de pulgas, fue dando saltos hacia sir Gadabout, moviendo la cola, y se tumbó panza arriba jugueteón.

–¡Oooh! –exclamó sir Gadabout, agachándose para hacerle cosquillas en la tripa–. Qué perro tan simp... ¡Ay!

Mick Loco acababa de clavar sus dientes en la mano del caballero.



–¡Tú lo has asustado! –lo acusó lady Belladonna con voz aguda, mientras el perro volvía dando saltos hacia su amo, esbozando una sonrisa vanidosa.

–Le pido disculpas –dijo sir Gadabout diplomáticamente, a la vez que dejaba un rastro de sangre por todo el patio–. ¿Qué le trae por Camelot, sir Rudyard?

–Venimos como humildes viajeros, perdidos entre la traicionera niebla que rodea Camelot, buscando la hospitalidad de unos caballeros amigos cuya generosidad es de sobras conocida.

–Ese maldito repartidor de periódicos nos ha indicado mal el camino –dijo lady Belladonna maliciosamente.

–Ahora sé buen chico y llévame ante el rey Arturo –dijo sir Rudyard.

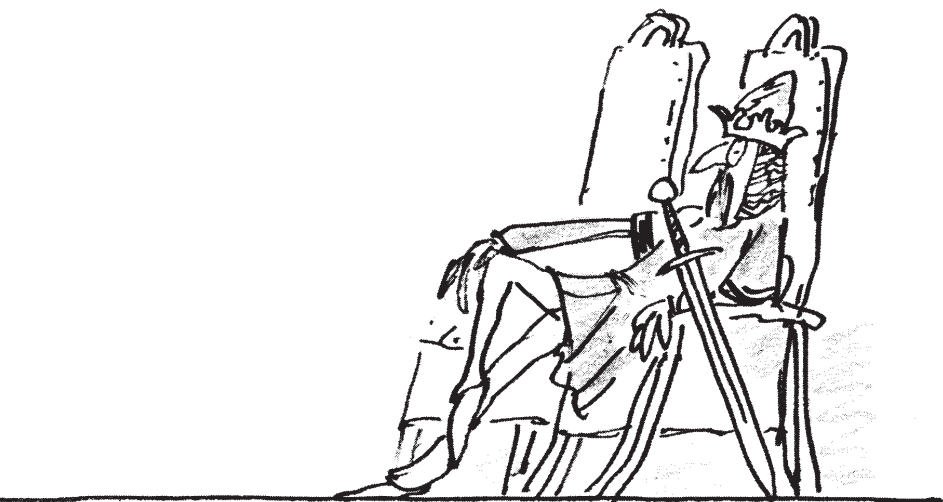


–Enseguida –dijo sir Gadabout–. Mi escudero se encargará de los caballos mientras voy a ver si el rey está dispuesto para recibirlos.

Entretanto, el rey Arturo se había estado preparando para el encuentro con su distinguido invitado. Se había puesto el solemne atuendo real y la corona, y junto con la reina Ginebra se habían dirigido al salón del trono en el que recibían siempre a los visitantes ilustres.

–¿A qué viene todo esto de los visitantes, Gads? –preguntó el rey, mientras se ponía cómodo en el trono tachonado de diamantes con su famosa espada, Excalibur, a su lado.

–Buscan cobijo temporalmente, majestad. Se han perdido de vuelta hacia Lincoln West.





–Lyonnesse –susurró Herbert, que era muy bueno en geografía y podía nombrar todas las capitales de Europa y parte de las de Oriente.

–Nunca le hemos negado la entrada en Camelot a nadie. Hazlos pasar –sentenció el rey Arturo.

Sir Gadabout y Herbert fueron a buscar a sir Ruyard para la audiencia con el rey.

–El rey Meliodas es un gran gobernante, con un ejército de caballeros casi tan famosos como los de la Tabla Redonda –comentó sir Gadabout a Herbert por el camino.

–Sir Ruyard el Rancio no tiene pinta de ser un gran caballero –remarcó Herbert–. Y tampoco parecen andar muy perdidos. Si quiere saber mi opinión, aquí hay gato encerrado.

Sir Gadabout siempre prefería ver el lado bueno de las personas, así que ignoró los comentarios de su escudero y llevó a los visitantes ante el rey.

–Majestad, permítame que le presente a sir Ruyard el Rancio de... de... Lyme Regis.

–¡Lyonnesse! –le susurró Herbert con resignación.

Sir Gadabout volvió a empezar:

–Majestad, permítame que le presente a sir Ruyard el Rancio de Lyonnesse; a su esposa, lady Belladonna y su escudero Iván Peleas. Ah, y este es su perro Michael.

–Conocido cariñosamente como Mick Loco –añadió sir Rudyard.

–Es un placer conocerlos –dijo el rey Arturo–. Cualquiera caballero de mi amigo el rey Meliodas es bienvenido aquí. ¡Y qué perrito tan encantador!

El perro se acercó dando saltos alegremente al rey, que se inclinó para acariciarlo. De repente Mick Loco hizo un movimiento rápido y le mordió la nariz al rey.

–¡Has hecho un movimiento demasiado brusco! –se quejó amargamente lady Belladonna con su estridente voz–. Has asustado al pobre Michael.

–Qué desconsiderado por mi parte –contestó el rey, mientras notaba cómo le ardía su dolorida nariz.

Pero sir Rudyard estaba pendiente de otra cosa, de la magnífica espada del rey:

–Y esta debe de ser la famosa Excalibur.

–Efectivamente –el rey Arturo acarició orgulloso su enjoyada empuñadura.

–Dicen –comentó sir Rudyard–, que tiene un valor incalculable, e incluso que posee poderes mágicos.

–Quizá haya algo de cierto en esas palabras –asintió el rey–. Pero estarán cansados y hambrientos después de tan largo viaje. Descansen un rato, y esta noche celebraremos un gran banquete en su honor.

–Todavía es más generoso de lo que me habían contado –dijo sir Rudyard, y añadió–: Estoy seguro



de que sentarme y cenar a su lado será un especial y fastuoso inicio de nuestra estancia.

Desgraciadamente no había perdido la costumbre de escupir cada vez que pronunciaba la letra s. El rey Arturo, muy bien educado, no se pudo limpiar la cara hasta que se marcharon. Ordenó a Herbert



que los acompañara a las habitaciones de invitados.

Herbert guió a los visitantes escaleras arriba, hacia las amplias y bien amuebladas estancias. Por el camino, Mick Loco intentó arrancarle un trozo de tobillo a Herbert cuando nadie miraba, pero el escudero, que ya desconfiaba de los recién llegados, se apartó de un salto justo a tiempo. Sin embargo, lady Belladonna vio de reojo lo que había pasado.

–¡Ha intentado darle una patada a Michael! –se quejó.

–He tropezado, mi señora. Ha sido un accidente.

Iván Peleas apretó sus enormes puños y lanzó una mirada tan feroz a Herbert que la pintura de una de las puertas de las habitaciones de invitados empezó a agrietarse.



–Estoy seguro de que no ha sido nada –dijo sir Rudyard, salpicando de saliva a Herbert a cada s que pronunciaba.

Herbert se sintió aliviado una vez que estuvieron dentro de las habitaciones. Pero justo en el momento que se daba la vuelta para irse, los oyó hablando al otro lado de la puerta.

–¿Os habéis fijado? –preguntó la voz de sir Rudyard el Rancio.

–¡Ez tan bonita! –dijo Iván Peleas.

–¡La quiero ahora mismo! –dijo lady Belladonna.

–Paciencia, querida –oyó a su marido–. Cada cosa a su tiempo –y estalló en una carcajada diabólica.

–¡Lo sabía! –se dijo Herbert mientras se retiraba–. Definitivamente aquí hay gato encerrado.

